



Alejandro Hernández, *Amarás a Dios sobre todas las cosas*

(Ciudad de México, Tusquets, 2013, 313 pp.

ISBN 978-607-42-420-8)

por Anamaría González Luna C.

La lectura *Amarás a Dios sobre todas las cosas* confirma el epígrafe que, con una cita de Dante Alighieri – “Dejad, todos los que aquí entráis, toda esperanza” –, nos introduce al infierno de los migrantes centroamericanos relatado, descrito y denunciado por Alejandro Hernández, escritor y periodista mexicano. Un libro escrito después de haber recorrido durante cinco años las rutas migratorias en México, Centroamérica y Estados Unidos, que introduce al lector en una realidad tan cruda que lo despoja de cualquier esperanza, una novela testimonial lúcida y dolorosa.

A través de la ficción de un relato autobiográfico el lector recorre de la mano de Walter, narrador-protagonista, el viaje del migrante hondureño desde el momento de su concepción: el sueño de llegar a Estados Unidos, lugar donde hay trabajo y se pueden ganar dólares. Un proyecto impulsado por la miseria y la desesperación, y alimentado tanto por los múltiples relatos de quienes lo han llevado a cabo como por los dólares que reciben sus familias. Porque en los testimonios y en la interpretación inevitablemente subjetiva de los migrantes se dejan a un lado los sufrimientos, el hambre, el miedo, las humillaciones que inevitablemente viven en su tránsito obligado por México. Su relato está cubierto por una especie de pudor y de respeto hacia sus familias. Por otro lado, ese tránsito por un territorio sembrado de peligros, de abusos y de violencia está acompañado por la experiencia, si bien limitada, de solidaridad que nace entre los mismos migrantes y por la esporádica ayuda de algunos voluntarios generosos.



En este largo y accidentado camino del migrante, el tren que les permite avanzar hacia la meta tiene vida propia, poco a poco se va transformando en “La Bestia” que mutila, en diablo que se cobra vidas; puede ser medio de salvación y, a al vez, de condena; es cárcel y es libertad. El migrante vive el tren y en el tren, aprende a conocerlo y a reconocer su lenguaje de sonidos y movimientos.

Una metonimia en la que la historia personal del migrante hondureño Walter Milla Funes, en su repetido intento de llegar a Estados Unidos, encierra la historia de los migrantes centroamericanos de este nuevo milenio. Una cadena que se origina en la miseria, en la pérdida de la propia tierra, destruida por desastres naturales como las inundaciones o los huracanes, arrebatada por tractores, expropiada por el gobierno. Es la historia de los migrantes que han vivido los efectos de las medidas adoptadas por los gobiernos de Clinton y de Bush en la frontera con México, desde la construcción del muro hasta la intensificación de la vigilancia fronteriza; los que han padecido las destrucciones ocasionadas por el huracán Sten de los primeros días de octubre de 2005, que, al acabar con las vías ferroviarias mexicanas de la zona fronteriza del sur, tienen que inventarse un nuevo itinerario de migración; los que han sido y siguen siendo víctimas de la criminalidad organizada y el narcotráfico que han ido ocupando cada vez más el negocio de transporte y comercio de migrantes, con los consabidos secuestros, extorsiones, torturas y asesinatos.

¿Quién es entonces el migrante? Es el fugitivo, el clandestino, el que no tiene papeles y vive avanzando, buscando un futuro que no existe, queriendo caminar sin ser visto para que no lo detengan, para que no lo golpeen, lo torturen, el que no es visto cuando hay que ayudarlo o acudirlo; el que tiene un sueño que se transforma en pesadilla, el que sobrevive dejándose humillar para poder seguir adelante; los que salen de casa y desaparecen. Clandestinos, obedientes por temor, terminan pidiendo perdón por existir.

La narración mantiene un ritmo que no permite detenerse, parece seguir el paso del migrante, constante y vigilante, como la escritura directa en la que se insertan los diálogos como parte misma del relato, sin pausas sintácticas ni gráficas. Esta característica estilística encuentra explicación en la existencia de los cuadernos escritos por Walter, los cuales tienen la doble función de documento como pretexto literario y como metatexto. El mismo narrador cuenta de la escritura ansiosa e inarrestable de sus recuerdos, que logra descargar en un cuaderno en dos momentos significativos en que hace un alto en el camino: de regreso a su casa en Honduras después del primer intento frustrado y mientras se detiene en la casa del migrante en San Luis Potosí antes de terminar definitivamente el segundo viaje. Hace explícita su intención de preservar lo escrito al pedirle a su hermano Wilberto la transcripción en computadora de sus primeros cuadernos, y al decirle al amigo Profeta que conserve sus últimos cuadernos en caso de que algo le suceda. La alfabetización y la constante lectura de libros clásicos durante la infancia y la adolescencia le darán a Walter los instrumentos necesarios para escribir y transmitir el testimonio.



Un lenguaje típicamente hondureño en su léxico y en su voseo añade un tono de mayor autenticidad y veridicidad al documento. Se escuchan las voces características de los migrantes centroamericanos mezcladas a las de los mexicanos, en el registro lingüístico que permite distinguir a las autoridades de los criminales, a los verdugos y a los narcotraficantes y también a los periodistas y a los voluntarios.

En el punto de partida están las raíces, la historia familiar y social, la historia que explica el fenómeno de la migración como modo de sobrevivencia a la pobreza, a la destrucción, al hambre. Una fecha señala el inicio de los tiempos malos: las inundaciones del 1978.

Ahora bien, el punto de vista que da la primera persona transforma la narración en un documento testimonial que se aleja de los números y las estadísticas y acerca al lector a una realidad que sale de sus propias fronteras para involucrarlo cuestionándolo. Las historias personales de los diversos y variados personajes que desfilan a lo largo del relato se van tejiendo en una única historia de desesperación, violación de derechos humanos que se repite, que no parece tener fin, como un infierno interminable. La expresión dramática de un migrante mulato hondureño, llamado el gigante, por su estatura física (y moral), pronunciada en uno de los momentos más terribles, da el título al libro. Personaje único, poseedor de una trágica historia, es el testimonio de los que se aferran a su fe para sobrevivir y logran, a través del sacrificio, darle sentido al infierno en el que se encuentran.

Una historia estructurada en cinco partes – “La ley de la acumulación de las desgracias”; “Preguntando todo se sabe”; “En el centro de lo imposible”; “Aquí no existe Dios”; “Déjame morir dando un paso” –, cada una de las cuales consta de diez capítulos numerados y carentes de título, que siguen el estricto orden cronológico de la crónica de los hechos. Crónica de lo indecible, de lo invivible y de lo intolerable. Crónica de lo absurdo: de la crueldad repetida y multiplicada, la de los mexicanos hacia los centroamericanos que intentan cruzar México para llegar a Estados Unidos, replica de los abusos padecidos como migrantes que intentan cruzar el río Bravo, como en un círculo interminable de violencia.

Con la fuerza de la palabra se relata y se denuncia una dolorosa realidad cotidiana de discriminación y violación de derechos humanos que parece inundar el territorio americano.

Anamaría González Luna C.

Università degli Studi di Milano - Bicocca

anamaria.gonzalez@unimib.it